

Alicia Shepard

La destrucción de Richard Jewell

Periodista, colaboradora de la revista estadounidense
American Journalism Review.

Este artículo ha sido tomado de
Pulso del Periodismo en Internet:
<http://www.fiu.edu/~imc/pulso.htm>

diálogos
de la comunicación

La destrucción de Richard Jewell

● Alicia Shepard

El testimonio *off-the record* de que Richard A. Jewell era uno de los sospechosos de la explosión en el Parque del Centenario Olímpico durante las Olimpiadas de Atlanta fue suficiente para desatar un frenesí entre los medios de prensa.

Tres días después del sabotaje Christina Headrick, estudiante que hacía sus prácticas en el *Atlanta Journal and Constitution*, se dirigió en su auto hacia el departamento de Richard A. Jewell en el noreste de Atlanta.

Su misión era seguirle la pista a Jewell, el hombre al que todos habían glorificado por descubrir la bomba y evacuar a cientos de personas. Tan pronto como una fuente del periódico les informó que la policía había comenzado a dudar de la historia de Jewell,

decidieron enviar a Headrick para que vigilara todos sus movimientos y estuviera al tanto de quiénes entraban o salían del apartamento. Al llegar al edificio Headrick divisó tres automóviles, ocupados por hombres con espejuelos oscuros que miraban hacia el apartamento de Jewell. Alrededor de la piscina, un hombre apuntaba con sus binoculares hacia el mismo objetivo.

Headrick llamó varias veces a la redacción para informar que Jewell, quien apenas unas horas antes había sido tratado como un héroe en una entrevista con Katie Couric, estaba ahora bajo vigilancia.

Lo que descubrió Headrick, unido a que esa misma mañana el FBI había entrevistado a uno de los antiguos empleadores de Jewell y a la información *off-the-record* de varias fuentes de la policía, hicieron que el *Atlanta Journal* echara abajo su edición especial vespertina del 30 de julio, dedicada a las Olimpiadas. La nueva historia de portada daba a conocer que Jewell se había convertido en el “centro de la investigación federal” sobre la explosión que causó la muerte de una persona y 111 heridos.

La edición salió a la calle alrededor de las 4:30 p.m.; media hora después un locutor de la *CNN* estaba leyendo al aire la historia del *Journal*. Esa noche todas las cadenas televisivas comenzaron sus noticiarios con ese titular. Al siguiente día casi todos los periódicos más importantes del país, con la

notable excepción del *The New York Times*, publicaron artículos de primera plana en los que resaltaban que Jewell había pasado a ser un sospechoso.

Un día después el público conocía más acerca de la vida de Jewell que lo que la mayoría de las personas conocen de sus propios vecinos. Jewell, de 33 años, fue sicoanalizado en público como una víctima del “Síndrome del héroe”, enfermedad que lleva a la persona a crear situaciones peligrosas y hasta potencialmente fatales para luego aparecer en escena y salvar a las víctimas. Al guardia de seguridad le achacaron la personalidad de un hombre con una obsesión fija de ser policía.

“Todo eso estaba claro: él tenía un enorme deseo, incluso una enorme necesidad de ser policía”, afirmaron Brian McGroy y Bob Hohler, reporteros del *Boston Globe*, en un perfil de Jewell del 31 de julio.

La historia, publicada sin firma por el *Journal*, en la que calificaban a Jewell de sospechoso aún sin haber sido detenido, arrestado ni acusado, fue la chispa que inició todo un frenesí entre los medios de prensa. El despliegue dado al asunto, así como lo exhaustivo y detallado de la cobertura, dejó la impresión de que la policía había encontrado rápidamente al culpable de la terrible tragedia de las Olimpiadas.

¿Quién fue manipulada: la prensa o las autoridades? O ¿es que en su deseo de reaccionar rápidamente ante una historia suma-

mente competitiva y de gran interés, la prensa fue demasiado lejos y dañó la imagen de Jewell en el proceso?

“El enfoque de la prensa, por un lado, y el carácter de la sospecha en este punto de la investigación estaban completamente fuera de tono” afirma Demi Elliott, profesor de Ética de la Universidad de Montana. “A menos que las organizaciones de prensa puedan ofrecer una buena razón para publicar esta noticia, que viola la privacidad de este individuo, en este punto de la investigación es ilegítimo sacar a la luz esta información”.

James Ledbetter, quien escribe sobre medios de prensa para el periódico *The Village Voice*, de Manhattan, comenta: “No digo que eso es algo fácil dentro de un ambiente sumamente competitivo”. Pero agrega: “Existe una manera de reportar que él es sospechoso sin destruir su personalidad e invadir su privacidad. Hay una diferencia enorme entre publicar que él es sospechoso y acampar fuera de su apartamento, escribir perfiles detallados de su personalidad e invitar a sicoanalistas para hablar sobre él en el aire”.

Mientras que muchos debatían la mejor manera de abordar la historia, para el *Journal and Constitution* el asunto fue fácil, según afirma John Walter, subdirector del diario. El periódico tiene la política de no basar sus historias sólo en fuentes anónimas y, en este caso, tampoco lo hizo. Aunque se utilizaron fuentes anónimas, dice Walter, el diario también

tenía evidencias físicas de que el FBI había puesto la mirilla sobre Jewell.

“Nuestras fuentes nos hicieron ver que debíamos centrar la atención en Richard Jewell”, dice Walter. El periódico recibió la pista de que un administrador del Piedmont College, en Demorest, Georgia, donde Jewell trabajó como guardia de seguridad, había sido llamado por el FBI. En la mañana del 30 de julio agentes del FBI se presentaron en esa institución para seguir sus investigaciones. Un reportero del *Journal and Constitution* los siguió de cerca y conversó con las personas entrevistadas por los agentes.

“Nos propusimos averiguar qué podía estar ocurriendo” afirma Walter. “Si el FBI está poniendo en duda la historia de Jewell, ¿qué están haciendo al respecto? La respuesta fue: están entrevistando a la persona que llamó al periódico para dar la noticia y tienen bajo vigilancia el apartamento de Jewell. En la noche volvieron a entrevistarlo. Nosotros estuvimos al tanto de todo esto.”

Mientras Headrick se dirigía al apartamento de Jewell, Kathy Scruggs, reportera de temas policiales, y Ron Martz, periodista del *Journal* a cargo de los temas de seguridad en las Olimpiadas, estaban entrevistando a sus fuentes.

“No tenía idea de lo que estaba haciendo Christina”, afirma Martz. “Y ninguno de los dos sabía lo que estaba haciendo Kathy. Entonces Christina llamó

y dijo que había varios hombres fuera del apartamento y que era obvio que él estaba bajo vigilancia.”

“Al mismo tiempo” dijo “Kathy regresa y dice que sus fuentes le informaron que Jewell era el principal sospechoso. Entonces contacté a las fuentes que he cultivado durante dos años y confirmé que Jewell era el principal sospechoso. Fue así como decidimos publicar la historia”, añadió Martz.

Mike King, jefe de sección local del diario agregó: “Rápidamente cada uno de nosotros fue capaz de conseguir información. Eso, sumado a que éramos testigos de lo que ocurría con Jewell, nos llevó a creer que valía la pena publicar el asunto”.

Además, era un suceso nuevo dentro de un caso que King califica como “una de las historias de más impacto desde que Sherman marchó por Atlanta”. Como diario local, el *Atlanta Journal and Constitution* sintió una enorme responsabilidad y una gran presión. ¿Cómo no iba a publicar que Jewell era considerado sospechoso en el momento mismo en que gozaba de un halo de héroe? ¿No sería eso retacear información a los lectores?

Por lo tanto, la historia fue publicada en *Extra*, periódico de 40,000 ejemplares que el *Journal* creó especialmente para las Olimpiadas. A diferencia de lo que se dijo en muchos medios de prensa, el periódico no preparó una edición especial únicamente para reportar que Jewell era

considerado sospechoso, aunque es cierto que ese día tuvieron que rehacer la edición de *Extra*.

“No creo que le hayamos hecho daño...” dijo Martz. “No dijimos que era culpable. Dijimos que el FBI lo estaba investigando, y eso era más que evidente porque lo estaban interrogando y tenían una orden para registrar su apartamento.”

Martz afirma que el periódico se encontró en una situación sin salida. “Si nos hubieran dado un palo periodístico, habríamos sido motivo de risa de toda la industria”, dice. “Somos el único periódico en este pueblo. Sin embargo, desde que sacamos la historia hay muchos que nos cuestionan lo que hicimos. Hay alguna gente mala por ahí. Tengo la impresión de que algunos miembros de la prensa están tratando de justificar ante sus jefes por qué fuimos nosotros los que salimos primero con la historia.”

G. Watson Bryant Jr., abogado de Atlanta, estaba cerca del Parque Olímpico del Centenario cuando vio el titular de *Extra*: “FBI sospecha que el guardia-héroe pudo haber puesto la bomba.” Bryant se quedó helado. Era amigo de Jewell desde hacía una década cuando ambos trabajaban en la misma agencia del Gobierno y a la hora del almuerzo se reunían para jugar juegos de video. Ya Jewell había solicitado los servicios legales de su amigo cuando alguien sugirió que la celebridad recién fabricada escribiera un libro.

Bryant supo desde el primer momento que las cosas comenzarían a tomar magnitud con rapidez. Desesperadamente trató de localizar a su amigo, quien en ese momento estaba siendo interrogado por el FBI. Cuando lo halló, fue a la casa del sospechoso donde se encontró con una turba de ruidosos periodistas.

“Nadie puede imaginar lo que fue aparecerse en el estacionamiento de Jewell un rato después de que el artículo del *Journal* había sido publicado”, dice Bryant. “Pienso que allí había unas 200 o 300 personas. Yo no pude subir a su apartamento.”

Poco después de que el *Journal* salió a la calle, Bob Cain, presentador de la CNN, anunció con tono dramático: “El *Atlanta Journal and Constitution* en una edición especial de hoy identificó a un guardia de seguridad, llamado Robert Jewell, como el principal sospechoso en la explosión de Atlanta.” Acto seguido, procedió a leer la historia palabra por palabra.

Earl Casey, director de noticias nacionales de la CNN, dice que la cadena ya sabía que Jewell era sospechoso, pero no creyó que tenía suficientes elementos de confirmación para sacar la historia.

Una vez que la CNN puso al aire la noticia, la historia entró oficialmente en escena. A las 8:06 de la noche, hablando en vivo desde las instalaciones olímpicas, Charles Zewe, corresponsal

de la CNN, dijo: “(La noticia) ha recorrido literalmente este parque.”

La sicología popular enseguida entró en escena. Esa misma noche, algo más tarde, Art Harris, corresponsal de la CNN, dijo que Jewell era considerado sospechoso porque su personalidad correspondía exactamente con la de un piromaniaco solitario. La CNN no fue la única que siguió esa idea. “Este perfil generalmente tiene que ver con un hombre blanco, con un sentimiento de frustración, que ha sido policía o miembro del ejército, o bien que quisiera ser policía y que busca convertirse en un héroe”, escribieron Scruggs y Martz en el periódico de Atlanta.

¿Cómo debió actuar la prensa ante el caso de Richard Jewell? Ese fue el tema que encendió el debate en las redacciones de todo el país. No solo Jewell no había sido arrestado ni se habían presentado acusaciones contra él sino que ni siquiera había sido señalado oficialmente como sospechoso. Pero se trataba de una historia de grandes proporciones, un incidente trágico relacionado con un evento que en esta oportunidad, como cada cuatro años, mantiene al mundo fascinado.

Para el exaltado grupo de periodistas reunido en Atlanta - alrededor de 15,000- mencionar a Jewell se convirtió en “algo inevitable”, afirma Bob Steele, especialista en ética del *Instituto Poynter para Estudios sobre la Prensa*. “Ustedes tenían más periodistas ahí que en ningún

otro evento de la historia. Tenían un cuadro en el que el terrorismo era una preocupación general, especialmente luego del accidente de la TWA. Y, ciertamente, estaban frente a una situación competitiva. No obstante, la competencia no es un valor ético, es un valor profesional. Y ustedes tenían un personaje poco común en el señor Jewell.”

Las agencias noticiosas transmitieron inmediatamente la historia del *Journal*, y los reporteros comenzaron a tratar de confirmarla con sus propias fuentes. Aunque el FBI dijo públicamente que tenía a varios sospechosos, en el orden privado algunos miembros de la organización hicieron lo posible para que la atención de los periodistas se dirigiera hacia Jewell. Parecía irrefutable que Jewell era un sospechoso. Pero cómo escribir la historia y dónde ubicarla era un dilema para los editores de periódicos y canales de televisión de todo el país.

“Discutimos la posibilidad de no mencionar su nombre o de poner la historia en una página interior”. dice Pam Maples, editor nacional del *Dallas Morning News*. “Pero su nombre estaba en todos los canales de televisión. Su cara estaba en todas partes. Cuando la gente viera la CNN a la mañana siguiente, querrían leer más al respecto en el periódico.” El diario ubicó su historia sobre Jewell en la mitad superior de la primera plana.

“La historia se escapó de las manos” afirma Maples. “Si el

periódico va a publicar una historia, su responsabilidad es hacerlo tan cuidadosa y responsablemente como se pueda. Todavía no hemos publicado una historia acerca del ‘complejo de héroe’ y qué es lo que eso significa. Ya tenemos una preparada en caso que se presenten los cargos contra él.”

En el momento en que el caso de Jewell se dio a conocer, Eric Harrison, corresponsal de *Los Angeles Times*, en Atlanta, ya había escrito una historia sobre la reapertura del Parque del Centenario Olímpico y las condiciones en que se encontraba la investigación. “De alguna manera sentimos que no debíamos darle demasiado peso al asunto de Jewell y no incluirlo en el encabezamiento, sino en el cuerpo de la historia, sin hacer demasiado ruido”, dice. “Eso es lo que pensábamos.”

Pero el artículo apareció en primera plana. El nombre de Jewell encabezaba la historia.

En el *Seattle Times* el asunto fue más complicado. Según las regulaciones establecidas por el periódico, el nombre del sospechoso no puede ser revelado hasta que se presenten acusaciones contra él. No obstante, Greg Rasa, quien en ese momento fungía como editor nacional, dice que el periódico hace excepciones “cuando existen evidencias irrefutables o cuando una persona es sorprendida en medio de un crimen en un lugar público.” En la reunión editorial del periódico se expresaron dos puntos de vista fundamentales: ¿Por qué

tenemos regulaciones si no las seguimos? ¿No vamos a parecer tontos si somos el único medio de prensa del país que no menciona el caso de Jewell?

William Booth, reportero del *Washington Post* dice que consideró que era crucial incluir algunas notas de advertencia en la cobertura del Post. Tratamos de escribir una historia estrictamente noticiosa y enfatizar que contra Jewell no se había formulado acusaciones y que no había sido arrestado”, dice. “En la siguiente historia señalamos que el FBI seguía diciendo que tenía otras pistas y otros sospechosos. Incluimos eso. Fue una historia que me hizo vacilar y aún me sigue haciendo vacilar.”

Booth y Thomas Heath, uno de sus compañeros del *Post*, incluyeron informaciones que despertaron dudas acerca de la supuesta relación de Jewell con el atentado. Apuntaron que, de haber sido él quien colocó la bomba habría puesto en peligro su propia vida, pues se encontraba cerca del explosivo. Además, dijeron que era físicamente imposible que Jewell hubiera puesto la bomba y que a la vez llamara al 911 para avisar de su existencia misma. (La ABC también habló del punto en su emisión nocturna). Los reporteros del *Post* indicaron también que Jewel hablaba con un fuerte acento sureño, mientras que los investigadores decían que quien llamó no tenía un acento regional.

Booth considera que la prensa tiene el deber de seguir el

A. Shepard

desarrollo de las historias en lugar de dejarlas a un lado al cabo de un tiempo, como hacen a menudo los reporteros. “Cuando estaba conversando del asunto con mi editor le dije: “Si este no es el tipo, tendremos que preparar una buena historia y, por supuesto, no podemos ponerla en una página escondida.”

El mismo 30 de julio Dan Rather, presentador de CBS también se tomó la molestia de apuntar: “Es importante destacar que no se han presentado cargos contra Jewell.”

Kathryn Chistensen, productora ejecutiva de los noticieros vespertinos de la cadena ABC, afirma que en la compañía estaban preocupados en cuanto a si debían identificar a Jewell. “Teníamos varias fuentes que indicaban el nombre de Jewell”, dijo en un reportaje especial transmitido en agosto, en el programa *Nightline*. “Durante todo el día nos mantuvimos en la decisión de no mencionar su nombre a menos que fuera arrestado o se presentaran acusaciones contra él.” Pero tan pronto como los otros medios de prensa revelaron su identidad, dice Christensen, “eso confirmó la información que teníamos”. Entonces la cadena comenzó a identificar a Richard Jewell por su nombre.

Esto motivó a que Ted Koppel, presentador de ABC, preguntara: “¿Es que todos somos prisioneros del más bajo denominador común?” En efecto, Koppel se refería a que, con bastante frecuencia, la

prensa se siente justificada para publicar algo sólo porque ya ha aparecido en otro medio de prensa, no importa si se trata de un tabloide de supermercado.

Mientras que numerosos medios de prensa pusieron la noticia en primera plana o encabezaron sus transmisiones con la historia, hubo una notable excepción: *The New York Times*. Kevin Sack, reportero del diario, escribió una historia dedicada más a lo que estaba sucediendo con la prensa que a señalar a Jewell como sospechoso. La nota fue ubicada en la sección B, con una referencia en la primera página.

“Tuvimos una discusión muy animada acerca de cómo tratar el asunto”, afirma Dean Baquet, jefe de las páginas nacionales del *Times*. “Ninguno de nosotros pensaba que era una historia de primera plana. Lo que incitaba al debate era cómo escribir la historia... Solamente discutíamos si se debía escribir un encabezamiento directo y atribuirselo al *Atlanta Journal and Constitution*, o redactarla como un artículo sobre lo que estaba haciendo la prensa. Yo estaba a favor de utilizar un encabezamiento con una referencia al *Journal*, y luego describir lo insustancial de lo que ellos afirmaban.”

Baquet perdió, aunque estuvo de acuerdo en que Joseph Leyveld, director ejecutivo, y Gene Roberts, subdirector, tenían razón en creer que el asunto debía abordarse más como un interesante suceso dentro de la prensa, que como un nuevo giro

en la investigación de la explosión.

“Todo el mundo se estaba volviendo loco”, cuenta Baquet. “Si usted considera que un diario tiene que permanecer imparcial y sereno y tratar de poner las cosas en perspectiva, este es el caso. Uno quiere ser el único que actúa mesuradamente, no importa si parece lento.”

El caso de Jewell no sólo es una muestra de los escollos con los que se enfrentan los medios de prensa al tomar sus decisiones editoriales en una atmósfera altamente cargada, sino que apunta hacia la delicada y simbiótica relación entre la prensa y las autoridades. Los periodistas están sedientos de información sobre investigaciones de envergadura de las que sólo saben los investigadores. En una historia tan competitiva como la del atentado en el Parque Olímpico, los periodistas no siempre son tan escépticos como deberían serlo ante la información filtrada por policías y agentes del FBI.

“Creo que existe un tema muy importante y mucho más amplio que el tema de Richard Jewell y que tiene que ver con la prensa y las autoridades”, afirma Mark Jurkowitz, ombudsman del *Boston Globe*. “Sería importante preguntarle si para justificar la publicación de un artículo es suficiente que un reportero se entere a través de una fuente de la policía de que alguien es sospechoso”, dice.

Miembros de la policía confirmaron que Jewell era considerado

sospechoso, pero tanto su identidad como los motivos que los condujeron a afirmar algo así aún permanece en el misterio.

“Uno puede preguntarse si es moralmente correcto que por una parte el FBI diga: ‘nunca vamos a identificar a los sospechosos’, mientras que en privado asegure: ‘Sí, ese tipo tiene muchas señas de serlo’, que es lo que ha ocurrido en este caso”, afirma Jim Steward, reportero de la CBS que cubre el Departamento de Justicia.

El 8 de agosto Steward reportó que el FBI estaba preparando su primera disculpa pública ante Jewell porque había determinado que no existía “ninguna prueba definitiva que vinculara a Jewell con el crimen”.

Puesto que el FBI y la policía de Atlanta guardaban todas las cartas, la mayoría de los medios de prensa tomaron sus comentarios *off-the-record* como rumores y los dieron a conocer como provenientes de fuentes anónimas. La historia corrió con tanta rapidez debido, fundamentalmente a que el rumor provenía del FBI. De haber partido de otra fuente, la noticia no hubiese corrido tan velozmente. ¿Algún periodista puso en duda lo que afirmaba el FBI? ¿Por qué el FBI no dijo *on the record* que Jewell era sospechoso del sabotaje?”

“Debimos preguntarles qué los motivaba a sospechar de Jewell”, afirmó Steward en *Nightline*. Según dijo, cuando finalmente a alguien se le ocurrió hacer esa pregunta recibieron respuestas muy vagas.

La respuesta típica de Jay Spadafore, vocero del FBI, cuando le preguntaron acerca de Jewell era: “No se le han formulado acusaciones y no es apropiado que hagamos comentarios sobre el tema. Las reglas del FBI no nos permiten hacer comentarios *on the record* sobre casos pendientes. Sólo puedo decir que tenemos a varios sospechosos en este caso”.

Pero sólo un nombre llegó a conocimiento público: Richard Jewell.

“Cuando las autoridades cometen un error uno no puede buscar un culpable” afirma Ledbetter, del *Village Voice*. “Si uno pone en duda lo que le dicen, le cierran las puertas. ¿Por qué el FBI, la oficina de investigaciones de Georgia o el Departamento de Policía de Atlanta va a filtrarle información a alguien que luego va a publicar que tal vez no es cierto lo que se dice o que está siendo víctima de manipulación?”

Elliot, profesor de Ética, considera que la prensa dejó al público decepcionado. “Los medios de prensa saben que fueron utilizados y explotados y que lo siguen siendo en muchos casos en que la policía termina dándoles jugosas golosinas”, dice. “La prensa falló al no poner las cosas en contexto. Quiero decir: explicar por qué en ocasiones las autoridades les entregan a los reporteros informaciones que normalmente no entregarían en ese estado de la investigación. ¿Qué lleva a las autoridades a actuar así?”

Uno de los motivos puede tener que ver con las relaciones públicas. Si se identificaba rápidamente a un sospechoso, los espectadores de los Juegos Olímpicos iban a sentirse más seguros. “Si las autoridades sacaron a relucir un nombre con el propósito de aliviar la presión que sentían de parte del público, o para calmar a los funcionarios de las Olimpiadas, es evidente que eso estuvo mal”, afirma Steele, del Poynter Institute.

Mike Littwin, columnista del *Baltimore Sun* que criticó a la prensa por la manera como trató a Jewell, afirma: “El FBI filtró la historia para calmar a la población o para que el hombre se entregara. Fue una historia que se escapó de las manos, pero era una historia irresistible. Primero héroe en *Today Show* y luego sospechoso.”

Bryant, abogado de Jewell, afirma: “Lo que me sorprende es que cuando uno compara la explosión del avión de la TWA con este caso, se da cuenta de que hay una diferencia. No recuerdo que se haya filtrado ni una sola información referente al caso de la TWA”.

Un caso similar al de Jewell es el de Robert Wayne O’Ferrel, quien tiene pendiente una demanda judicial contra el gobierno federal por un incidente ocurrido en 1989, en el que un juez federal de Alabama y el fiscal de derechos civiles de Georgia murieron a causa de una bomba postal. O’Ferrel, vendedor de chatarra de Enterprise, Alabama, reclama una suma de 20 millones de dólares por haber

La destrucción de Richard Jewell

sido señalado como el principal sospechoso, aunque nunca se le formularon cargos formales.

Según William Gill, abogado de O'Ferrel, el FBI registró el almacén de su cliente el 22 de febrero de 1990, luego de correr la voz entre los medios de prensa. O'Ferrel afirma que el FBI lo persiguió hasta el 7 de noviembre de 1990 cuando otro sospechoso fue juzgado. "Les di casi tres años para disculparse y nunca lo hicieron", afirma. "Presiento que el FBI le está haciendo a Jewell lo mismo que me hizo a mí."

Al final, O'Ferrel perdió su negocio y su casa. Su esposa, de 23 años, se divorció de él y O'Ferrel terminó en el hospital con una úlcera sangrante. La cuenta de los servicios médicos ascendió a 10,000 dólares.

Desde que salió a relucir el caso de Jewell, O'Ferrel, de 53 años, se convirtió en algo así como el personaje preferido por la prensa. Ha contado su historia en *48 Hours*, *Dateline NBC*, *Nightline* y a decenas de periodistas de diarios. "Quiero que la gente sepa lo que el Gobierno puede llegar a hacer para dañar a la gente. Yo no soy el único, ahí están Jewell, Waco, Ruby Ridge."

En una noche de finales de agosto, sentí el timbre de mi teléfono. Era G. Watson Bryant Jr., abogado de Richard Jewell, a quien había estado llamando casi diariamente. Quería entrevistarlo, pero a la vez él quería entrevistarme sobre el tema del periodismo. "Tengo aquí el

Código de Ética de la Sociedad de Periodistas Profesionales" me dijo. "¿Los periodistas le prestan atención a esto? ¿Lo respetan?"

Le respondí que sí y continuó. "Según este Código de Ética, la prensa debe cuidarse de no invadir el derecho individual a la privacidad. ¿Alguien le presta atención a esto? ¡Por Dios! Jewell y su madre ni tan siquiera pueden sacar a pasear al perro sin que al día siguiente aparezcan en los periódicos!"

Bryant está convencido de que Jewell ha sido tratado injustamente, pero no está seguro de a quién demandar ni exactamente por qué. Se ha escrito tanto sobre Jewell y se han difundido tantas noticias en la radio y la televisión, que cuando el hermano de Bryant buscó el nombre Jewell en Internet, tres semanas después de la explosión, encontró 10,000 referencias.

"A nosotros nos cuesta más trabajo revisar todos esos materiales que el que le cuesta al FBI revisar las referencias a la explosión", afirma Bryant. "Uno no puede encender el televisor desde que comenzó todo esto sin encontrarse con alguien que analiza la personalidad de Richard Jewell. Pero ¿qué es lo que el FBI tiene en contra de él?"

Bryant ataca al *Journal* por haber dicho que su cliente respondía al perfil de un piromaniaco solitario, porque se había acercado al periódico en busca de publicidad.

Más tarde se supo que un vocero de la firma que contrató a Jewell

para las Olimpiadas fue quien sugirió la entrevista con Jewell. Earl Casey, subdirector de la CNN afirma que Jewell no fue quien contactó a la CNN. De hecho, dice, su cadena se acercó a él unas 20 o 30 veces para convencerlo de que apareciera en el aire.

Entonces, ¿por qué la prensa actuó así en este caso? Esa es la pregunta que todos los medios de prensa del país se están haciendo, y esa seguirá siendo una pregunta válida. Ledbetter, del *Village Voice*, y otras personas del medio sugieren que no se dé demasiado realce a este tipo de informaciones hasta que se conozca que se han formulado cargos legales contra la persona, y que se limiten a publicar perfiles psicológicos después de que se hayan tomado medidas legales.

Sin duda, la vida de Richard Jewell fue transformada irrevocablemente por la orgía de la publicidad nacional y por la guardia que la televisión montó, durante casi un mes, sobre su apartamento. Jewell se convirtió así en un rehén de la prensa. Lo común, sin embargo, es que los medios de prensa mencionen los nombres de sospechosos antes de que se les formulen cargos, pero que luego se olviden de ellos. Al menos en este caso, el mundo se enterará de cuáles fueron las consecuencias de esta investigación.

Tal vez el resultado de todo esto sea el inicio de un examen a gran escala en el que la prensa se cuestione cómo está desempeñando su función, o tal vez

conducirá a un acercamiento más cauteloso en el uso de informaciones filtradas por las autoridades, aun en el contexto de una historia sumamente atractiva.

La cuestión clave, afirma Mark Jurkowitz, *ombudsman* del *Boston Globe*, es ésta: “¿Vamos a disponer de regulaciones más fuertes y ágiles sobre la publicación de casos como éste?”

Después de la publicación de este artículo en la *American Journalism Review* el FBI anunció que había dejado de considerar a Jewell como sospechoso, y ofreció una recompensa de 500,000 dólares a quien suministre informaciones que conduzcan al arresto y encausamiento de quienes colocaron la bomba, pues considera que fueron dos las personas involucradas en este hecho. El FBI solicitó también que todos aquellos que esa noche tomaron videos o fotografías en el parque los ofrezcan a la policía. Cientos de personas respondieron a esta petición.

Jewell llegó a un acuerdo con la NBC en la demanda que estableció contra la cadena por “publicación de libelo”. Sin embargo todavía queda pendiente una demanda contra el periódico *Atlanta Journal and Constitution*. El diario dijo que no estaría dispuesto a llegar a un acuerdo extrajudicial, como lo hizo la NBC, porque considera que no actuó indebidamente cuando se convirtió en el primer medio de prensa que dio a conocer que Jewell era sospechoso.

A. Shepard